LIBRO VIGESIMO TERCERO.

Cuando Motolinia, el muy amado de los Indios, se preparaba para marchar al Chocamán cumpliendo su promesa de visitar á Nezáhual ántes que transcurriese un año, unos enviados de la casa de Tezozomoc, vinieron á decirle:—"Padre nuestro reverenciado, Atotótzin la *cihuapilli* de quien somos siervos y que mora en Texcotzinco, te envia á llamar para que vayas presto, porque su hija Papantzin está enferma y acaso morirá." —El Misionero sorprendido de tan funesta nueva, no vaciló un momento, y saliendo sin detenerse de Tlaxcala, en pocas horas se hallaba en Texcotzinco.

Allí estaba Papan en su lecho, ya eclipsada la luz de su mirada, enjutas las en otros dias tan frescas mejillas, y su voz apagada como la de quien ya está para morir. Atotóchtli inconsolable, secos de llorar los ojos, velando sobre el lecho de su hija, y Jocotzin tan desolada como la madre. Tezozomoc en silencio, reflejada en el rostro la profunda pena, no se atrevia á allegarse delante del lecho de la moribunda.

Desde el dia que el hermano de Jocotzin partió para el Chocamán, era lastimoso observar el semblante de la infeliz Princesa: habia en él tristísimos asomos de un padecer intenso. Habia en sus palabras cuando la era preciso hacer oir su voz, un acento tal de amargura, que la madre desde entónces concibió en el alma la fatal ciencia del fin prematuro de su hija. Jocótzin muchas veces interpelando á esta:

"Hermana mia,—deciale—desahoga tu dolor conmigo; ¿cómo puedo ignorar cuál es su causa?"

Pero la virtuosa Princesa haciendo sobre sí supremos esfuerzos, respondia con dulzura:

—"¿Donde están los que no sufren algo en su corazon, mi buena hermana? ¿no tenemos en estos breves soles que moramos aquí, tántos males que el Señor nos envia para que los aceptémos como un don y como ricas joyas?"

Retirándose despues, iba á llorar en el secreto del bosque ó en el retiro de su aposento.

En las noches serenas, cuando asoman magníficos luceros en las profundidades inmensas de cerúleos espa-

cios, la enamorada, fijos los ojos en la Altura, se entregaba á meditaciones extrañas, reconociéndose despues, por el acento dolorido de sus respuestas, que tenderia muy presto su vuelo hácia aquellas regiones, porque el haz de la Tierra habia cansado sus ojos. Cuando en los dias festivos de los blancos descendia con los suyos á la Ciudad para asistir en el templo al sacrificio, el intenso sufrir de la jóven era fácil sorprenderlo, si por acaso dejaba observar á su rostro, en el que entónces se leia el secreto de su pena, que ella no revelaba sino ante los altares de la Reina del dolor.

Ese secreto, guardado en las entrañas por tantos dias, sin que el bálsamo de alguna palabra que correspondiese á una confidencia lo hubiese mitigado, hizo muy breve en aquel corazon estragos funestos. Cuando Atotochtli, merced á la fuerza del maternal mandato escuchó de boca de su hija la causa de su mal, era tarde, porque ya el mal consumaba su destruccion. Entónces fué cuando enviaron á llamar á Motolinia.

Cuando éste vió en la moribunda jóven los estragos de ese mal del que la madre le narró el orígen, quedó como herido de rayo.—"¡Oh.....!" —exclamó con acento de quien se cree cómplice de un crímen—"porqué no me llamasteis mas presto!"—Pero ¡quién es el hombre para que pudiera prevenir esos errores terribles, cuando el Altísimo los quiere hacer servir á sus miras de sacrificio y misericordia!

Motolinia despues estaba asombrado al comprender el sacrificio heroico de la humilde India. No queriendo perder los momentos preciosos, oyó luego la confesion de los pecados de la que siempre fué amable y recatada; y ni aquellos lábios habian hablado el mal ni aquel corazon lo habia concebido; mas la penitente se acusaba de haber amado mucho al hermano de Jocótzín. El sacerdote tuvo que enjugarse las lágrimas al oir esto.

Inmediatamente despues bajó el Misionero á la Ciudad con Tezozomoc, y de allí volvió con una numerosa comitiva ordenada en procesion solemne con antorchas y flores en las manos, trayendo en las suyas Motolinia el pan místico que encierra al Verbo de Dios hecho hombre, para darlo á la moribunda como un alimento con que se dispone al gran viaje el cristiano que va á morir. La comitiva subió á Texcotzinco en donde el sacramento fué acogido por Atotóchtli, con la misma fé de Marta y Magdalena cuando entraba el Cristo á su morada para resucitar á Lázaro. Papantzin al presentarse el pan del cielo le miró con esa ternura de los que, porque saben amar mucho, aman al Mesías, y la multitud que penetró en la estancia, quedó conmovida, mirando el lastimoso estado de la ántes tan hermosa hija de Atotóchtli, princesa de Tlacópan, y al advertir en su lánguida mirada tal fé y resignacion.

La moribunda comió el portentoso manjar y se recogió en su lecho; los concurrentes se retiraron, y pocas horas despues su aliento se extinguió, sus ojos se apagaron para siempre, y de su rostro huyó la última sonrisa, porque fué amable hasta el postrero de sus instantes.

Como aquellas delicadas vírgenes, hijas de algun procónsul perseguido por causa de Jesus en los tiempos del Imperio, expuestas á las fieras y muertas en el anfiteatro por la misma causa, eran recogidas despues por algunos oscuros cristianos, y tendidos los aún flexibles pero inertes miembros sobre un lecho de flores en secreto albergue, no aparecia en ellos huella alguna de golpes ó heridas y en el semblante habia una expresion tristísima de dolor, pero en ella no sé qué de celestial y divino; así se vió á la incomparable hija de Atotóchtli, la más hermosa de las vírgenes de Acolhuacan, víctima de la celestial virtud que hace los encantos de la compañera del infeliz proscrito que se llama "hombre."

No necesitó Motolinia fuertes persuaciones para arrancar á la madre de la presencia del cadáver de su hija, ni á la amiga, de la amiga. Aquellas gentes habian aprendido de los misioneros y comprendido, que el dolor es nuestra herencia y que el Mundo es valle de llanto y camino de desolacion, y que la voluntad del Señor invisible quiere que apuremos el cáliz con resignacion y con fé. Pero habia en esa serenidad de Atotóchtli una expresion lastimosa de padecer intenso: era esa mujer la destronada reina de Tacuba, pero ya hecha cristiana, tan cristiana como lo fueron muchas de las esposas de los Césares. Motolinia que comprendia á los Indios y los amaba tanto, al ver en la noble Señora ese silencio en medio de tales pesares, se retiró afuera y lloró mucho.

Empero allá en el Chocamán la tarde de ese dia, Nezáhual, contemplando sobre una roca el fondo del abismo por donde pasaban en tumulto las ondas del rio, hablaba sólo con Ecuangári de extraños temores y funestos anuncios que se alzaban en su corazon:—"Paréceme—decíale—que oigo gemidos en el viento, y que suspiran las flores y salen del bosque lamentos de muerte: el estruendo de esas aguas se me asemeja al de la borrasca en medio de los mares, y me parece el *Citlaltépetl* como un enorme túmulo. ¿No vés cómo los arreboles no están rojos ni amarillos como en los otros dias en torno de la montaña, sino negros y lúgubres como velos de muerte?"—Ecuangári queria apartar á su amigo de tan tristes imaginaciones; pero éste ya de esa tarde presintió en su ánimo el fatal suceso.

Esa misma tarde conducian de las mansiones de Texcotzinco á Texcoco, el cadáver de la infortunada Papantzin. A este fin habian acudido á la Quinta muchas doncellas de la Ciudad y de los caseríos inmediatos'

con sus madres y muchos niños y ancianos. Era llevado el yerto cuerpo de la Vírgen, sobre un féretro cubierto de azucenas y *cempoalxóchitl* purpúreos y amarillos, de adormideras y letales floripondios, vestida con el *huepílli* sencillo y el honesto *cueitl*, desnudos sus delicados piés y cruzados sus brazos al pecho como quien ofrece al Cielo su dolor, y todavía asomando por entre las flores las largas trenzas de su cabello, negro y sedoso. Las matronas de Castilla que tuvieron á la virtuosa Papan en la casa de asilo, habian enviado una corona de jazmines y nardos á la desolada madre, para que sin dudar ornase con ella las sienes de su hija, que era vírgen; la madre lo hizo, sintiendo aliviarse su dolor, y pensó que el alma de Papan estaba así en el cielo delante de Santa María que se apareció en Tepeyac, la misma en el semblante y compostura que una doncella acólhua; eso mismo decian las doncellas que acompañaban el féretro. Pero no quiso Atotóchtli *chalchihuites* ni otras joyas que ornasen á su hija, porque los *teopíxqui* la habian persuadido muchos años ántes, que los cristianos deben ser humildes y menospreciar el aparato de la riqueza. A la cabeza de la procesion, el príncipe Ixtlilxóchitl junto á Motolinia, marchaba con los ancianos, y todos en silencio llegaron hasta el atrio del templo de Santa María. Allí fué enterrada Papantzin, junto á la reciente tumba de la madre de Nezáhual.

La muerte prematura de la Princesa fué sentida en Texcoco durante muchos dias, atribuyéndose á los muchos pesares de que fué víctima la inocente desde sus primeros años, sabido de pocos el verdadero mal que acabó con la infortunada. En esos dias entraba Maxtlaton á la Ciudad, favorecido por la oscuridad de la noche; pues logró evadirse de los calabozos en vísperas de ser ahorcado. Ojeda recien vuelto de Castilla, le habia facilitado la fuga; y el Apóstata, no obstante sus temores de ser descubierto, meditaba terribles venganzas con los que aborrecia, y le atormentaba no ya el amor de la hija de Atotóchtli sino el odio al rival favorecido. Cuando supo que Papan habia muerto, se sintió lleno de bárbara satisfaccion; y cuando al inquirir qué fuese de Nezáhual y oir que habia emigrado con los que Baltazar llevó consigo allende las montañas de Tecamachalco, pudo entender que su rival dejando los amores de la Princesa era quizá la causa de su muerte, una idea satánica surgió en su ánimo, y sus ojos brillaron con el relámpago de los que conciben en su corazon un crímen infame:—"Vamos, se dijo á sí mismo, llevemos la nueva al muy amado de Papan para que llore mucho."—Y levantándose de madrugada y tomando el camino del Oriente, por senderos no frecuentados para no ser descubierto, haciendo noche en medio de las selvas ó en lo más solitario de las llanuras, en breve se halló en Ahuilitzápan. Allí se narraban todos los dias á

los viajeros las maravillas del no distante Chocamán: la paz de los solitarios y su felicidad envidiable, y cómo á Baltazar, y á Nezahualpílli, uno de los nietos del gran rey de Acolhuacan, todos estos bienes eran debidos.—"Si vas al Chocamán y conoces las cosas por tí propio,—decían al malvado los que estaban ajenos de saber quién fuese—ya no querrás volverte, porque ahí todo es ventura como la de nuestros antiguos padres, y los que allí moran son tan buenos como los *teopíxqui* de Castilla, y en medio á la quietud de sus corazones, sirven como ellos á Dios *víctima* y á Santa María, la que es nuestra, que se apareció en Tepeyácac; allí se tienen fiestas y se dicen cantares dia y noche, y se aman todos como hermanos y descendientes de unos mismos abuelos."—Con estas nuevas el protervo penetró en las montañas para buscar el Chocamán, y llegado ahí por la noche pidió hospitalidad en la morada de unos colonos, que lo recibieron con la franqueza sencilla de los que están dispuestos á todas horas á hospedar al peregrino. Como aquel ángel malo que entró á la serpiente para hablar á la incauta y perder por ella á los que aborrecia, así el Apóstata habló á esas gentes por si tal nueva viniese á oidos del Texcocano y acaso le matase. —"Yo no conozco, les decía, á ese noble príncipe y bienhadado creyente que así os gobierna y os enseña las cosas santas para haceros dichosos; pero es sin duda el muy apuesto amante de la hermosa Papantzin, hija de

Atotóchtli reina de Tlacópan, la muy desgraciada princesa perseguida tanto por el bárbaro Maxtlaton."

—"¿Y qué es de ese perverso, y qué ha sido de ella?" —preguntaron á tal palabra los sencillos colonos.

—"Maxtlaton fué ahorcado pocos soles há, frente al *técpan* de Tlatelolco, y ya expió sus crímenes; pero es muy triste—añadió en seguida—que muriendo el criminal, la inocente muera tambien."

—"Pues ¿qué ha sido de Papantzin?"—interrumpió la jóven hija de los colonos, que guardaba en su alma un afecto secreto al solitario Príncipe de Acolhuacan.

—"Papantzin ha muerto por el amor de vuestro *tlatoani* Nezahualpílli."—Los colonos hicieron un movimiento de atenta curiosidad, y el maligno prosiguió con aire de lástima profunda:

—"Todo Texcoco refiere tan triste suceso. Nezáhualpílli al venirse al Chocaman ha oido de boca de la Princesa palabras de mucho contento, porque su amante queria más bien servir al Dios víctima y no sentarse ya con alguna en la estera nupcial. Él así seguro, háse venido á tan santa obra; pero ella más tarde arrepentida de su sacrificio ha entrado en la desesperacion y há enfermado de tristeza. ¡Pobre *Cihuapilli*, y más desgraciado del muy bueno Nezáhual si esto supiera! La infortunada ha espirado llenando de improperios al inocente autor de su muerte, ni ha querido perdonarle

un crímen que Nezáhual no pudo cometer, y ha sido en vano que los *teopíxqui santos* la hiciesen entrar en resignacion y sosiego, ni que la exhortasen al arrepentimiento y á la confesion de sus pecados, para que muriendo fuese admitida en el paraíso de Dios. La pobre Papantzin ha muerto entre las penas de la desesperacion, y, no lo quiera el Dios invisible ni Santa María, la que es nuestra y se apareció en Tepeyácac: tal vez su alma se haya perdido para siempre. Merced al llanto de Atotóchtli, el cuerpo de la Princesa fué conducido al campo sagrado de Texcoco, pero aun dicen que los *teopíxqui* lo extrajeron despues para enterrarlo en las montañas de las cercanías."

Con estas palabras, el maligno tenia lo bastante para lograr su intento. Saliendo ántes de amanecer de la morada de sus huéspedes, despues de mentir que á Xalápan iban sus pasos, volvió ese mismo dia á las cercanías de Ahuilitzápan para aguardar no léjos del Chocamán el éxito de sus bárbaras maquinaciones.

En ese mismo dia cundió la fatal desfigurada nueva por todos los hogares de la Colonia, y llegó presto á Nezáhual tal como la fingiera Maxtlaton, y no bastaron á impedirlo las solicitudes y cuidados de Baltazar y los ancianos, y de muchas matronas piadosas que se condolian de las tristezas del solitario jóven. Una madre que veia en su hija grande amor por el Príncipe

Acólhua, y dijo para sí:—"quizá dolido de la que perdió buscará el consuelo en el amor de mi hija que mucho le ama,"—ella fué quien lo dijo todo á Nezahualpílli, tal como se sabía en la Colonia, ajena esa mujer de verlo caer herido al golpe de muerte cuando escuchó la fatal nueva.

Era la hora en que el Príncipe sólo con Ecuangári se posaba en la roca donde solia entregarse al silencio. La Madre se habia allegado al conocido sitio, y cuando entre sus palabras oyó Nezáhual:—"Papantzin ha muerto, como dicen, llenandoos de imprecaciones, y ha muerto desesperada sin querer decir sus culpas al *teopíxqui....*,"—cubierto primero su semblante de palidez horrible, y luego levantando un grito lastimoso, y apénas pudiendo brotar de sus ojos las lágrimas, no quiso escuchar consuelos del fiel Michoacano y se alejó de ahí como un demente poseido de su furor. Los ecos de las montañas se estremecieron á aquel grito y las selvas seculares parecian condolerse y responder con gemido sordo. El Texcocano huyó allá como el leon acosado con la herida de saeta envenenada.

En vano con súplicas Ecuangári le rogaba volviesen al Chocamán para probar el alimento: Nezáhual entregado á una especie de demencia, á veces callaba como insensible á toda pena, á veces rompia en llanto alzando al cielo alaridos lastimosos. Así pasó la noche en

lo profundo de los bosques, velando por él su amigo á la luz de una fogata que los defendió de las fieras.

A otro dia Baltazar y muchos de los colonos lo encontraron así enajenado vagando entre las malezas, seguido de Ecuangári y como si á nadie conociese. De esta suerte se pasaron tres dias, en que el cuitado se negó á probar alimento no obstante los ruegos de los que le cercaban. A veces y cuando estallaba renovándose la borrasca de su dolor: "¡Juriata! ¡Juriata!" se le oia repetir, y atónito Ecuangári no acertaba entónces á explicarse, porqué en el ánimo de su amigo la desdicha presente hacía lugar á la que ya pasára. ¡Era que el Texcocano entendia expiar ahora los delitos de su juventud!

Al cabo de esos dias volvia en hombros de los colonos sobre un lecho de lianas, privado de sentido.

Cuando la Colonia vió entrar al jóven *tlatoani* de esa manera, entónces comprendió que aquellos rumores de que él amaba mucho á la Princesa de Tacuba, no eran vanos, y ya se explicaba porqué la tristeza lo tenia siempre retraido y pensativo, como sucede á quien lleva hondos y secretos males en el corazon. Entónces se vió el afan y la solicitud tierna de todos los colonos para con el Príncipe: cercábanle los ancianos y las matronas al rededor de su lecho, y se aprestaban las doncellas para acudir con los manjares ó la bebida.

Cuando se le hubo salvado del extremo peligro á que le redujo el hambre en medio de las selvas, oculto en uno de los ángulos del aposento, le dirigió la palabra uno de los ancianos que con otros llegó para consolarle:

"Muy jóven sois, Señor nuestro muy amado, y poco sabeis quizá de las muchas penas que el Dios invisible quiere enviarnos, miéntras moramos en este Mundo, que es lugar de hambre y de sed, de frios y de grandes calores: yo, pobre viejo y *macehual*, que hé visto las cosas adversas y espantables que sucedieron en Anáhuac y la muerte de tantos *tlatoani* y de muy hermosas *cihuapílli*, ¿porqué no hé de deciros que conviene no entregarse á la tristeza ni llorar tanto, ni dejar la comida y la bebida, para no morir? Pobre viejo y *macehual* soy yo, y ya en mis últimos soles me enseñaron los *teopíxqui santos* que vinieron de Castilla, la doctrina de Dios muerto por nosotros en el signo sagrado del madero, y de la Vírgen Santa María, la que es nuestra. Vos sois como los *teopíxqui*, porque nos enseñais tambien y nos regís y gobernais como ellos, y ¿qué será de nosotros los del Chocamán que estamos debajo de vuestro amparo, y nos tendeis vuestras alas para defendernos, y sois como el *pochotl* ó *ahuehuete*, árboles de gran sombra, qué será de nosotros si os dejais morir no probando la comida ni la bebida?"

Nezahualpílli enternecido lloraba otra vez, y Ecuanri con él, y las doncellas y matronas que entraban para consolarle en su dolor.

Baltazar hablaba y decia:

"¿En dónde están, Nezahualpílli hermano mio, la fé y el amor tuyo al Dios muerto en el patíbulo y á Santa María la que es nuestra? ¿Cómo creeriamos que el Dios invisible y misericordioso no tuviese lástima y compasion de la muy humilde y recatada hija de Atotóchtli, que por servir al Señor nuestro fué deferente á que no te sentases con ella en la estera de las bodas y pudieses venirte al Chocamán? Y si despues ella por el amor tuyo ha entrado en desesperacion, arrepentida de que te alejases para siempre, y si no ha querido decir sus culpas al *teopíxqui*, ¿no ves todavía que el Dios invisible no deja de retribuir, como nos lo enseñan los *teopíxqui*, las cosas que hagamos en honra suya, y que por ellas se moverá á misericordia cuando nos llame?"

"Encerrado estuvo el gran Nezahualpílli, el rey tu tio, en el *técpan*, despues que murió por su mandato el mismo su hijo Huejotzincátzin, y al fin salió por el ruego de sus amigos á regir su pueblo. Vió con sus ojos el gran Nezahualcoyotl morir al desdichado Ixtlilxóchitl su padre, á manos de sus enemigos, enviados por el tirano, y el jóven príncipe no olvidó la grandeza de su orígen, y en medio á su desdicha pensó en hacerse más fuerte de corazon."

"¿Porqué no te pones, hermano mio, debajo de las alas y sombra de la que es nuestra y acude á todos nuestros dolores? Es muy grande el pesar que te ocupa, y yo sin duda no hé oido que entre las doncellas que recibieron el agua sagrada, hubiese alguna que se negase á pedir el perdon á los *teopíxqui* ántes de morir. Pero donde están los males que la Vírgen Santa María no haya ofrecido remediarnos? ¿Porqué olvidas entónces, Nezahualpilzíntli, acudir con ruegos á la que nos ama, para que ahuyente las negras sombras de tu tristeza y te enseñe cómo se sufren tan grandes males como los que pesan sobre tí?"

Mas Ecuangári á solas le decia cuando los ancianos y matronas salian de consolarlo:

"Tú escuchaste siempre el consejo de tu amigo y oiste su voz como la de hermano y hermana; ¿porqué ahora la desoyes como si mi consejo fuera tan indigno de atenderse? ¿Quién conoció á la muy humilde y recatada hija de la reina de Tlacópan, que pueda creer tan presto las tristes nuevas que de ella se dicen? ¿Cuándo se vió á las palomas de la selva enfurecerse como los alcones al morir heridas, ni cuando á las ovejas que trajeron los de Castilla bramar como los toros cuando se les hunde el hierro mortífero? ¿Porqué has creido todo lo que se dice en el Chocamán de la incomparable Papantzin delicia de los que oian sus palabras siempre dulces y